

# Acompañantes epistémicos: la invención de la colaboración etnográfica

**Adolfo Estalella\* y Tomás Sánchez Criado\*\***

\*Universidad Complutense de Madrid

\*\*Humboldt Universität zu Berlin

Este capítulo explora la relación que existe entre colaboración e invención en la etnografía. Sabemos que nuestros trabajos de campo son siempre más complejos de lo que el método propone y describe. Nuestras etnografías están a menudo cargadas de improvisación, creatividad e inventiva. Creemos que examinar la inventiva que muy a menudo permea en las relaciones de campo puede arrojar luz sobre los modos de colaboración que muchos sitios de la contemporaneidad demandan. Más importante aún, al invocar la inventiva etnográfica como un elemento central de nuestro trabajo de campo queremos hacer visible toda una serie de prácticas, técnicas y gestos relevantes que a menudo son ignorados o invisibilizados cuando planteamos que la colaboración es el producto de cierto método. Nuestro argumento, por lo tanto, problematiza la manera habitual de pensar la colaboración como el efecto de ciertas premisas metodológicas y sugiere en su lugar pensar en la colaboración como el efecto de la inventiva etnográfica desplegada en el trabajo de campo.

Una inventiva etnográfica que es necesaria para establecer eso tan esencial de cualquier etnografía: relaciones. Como describe Marilyn Strathern, los antropólogos estudian relaciones a través de relaciones (2018): establecemos relaciones para comprender cómo otros se relacionan entre sí. Siguiendo la argumentación podríamos decir que la antropología se ha dedicado a lo largo de su historia a inventariar las diferentes formas y concepciones de la relación que se encuentran a lo ancho del globo. Comienza con el parentesco y después se amplía progresivamente hacia todo tipo de contextos sociales; y a medida que la disciplina ampliaba su alcance e incluía nuevos modos de relación tenía que modificar el tipo de relación que mantenían con aquellos a quienes pretendía comprender.

Si pensamos en las últimas cuatro décadas, la disciplina ha penetrado en sitios antes ignorados o fuera de su alcance (laboratorios, centros administrativos, etc.), se ha interesado por nuevos objetos de investigación (globalización, medios de comunicación de masas, etc.) y se ha ocupado de nuevas formas de sociabilidad (mediadas por tecnologías digitales, establecidas con animales, etc.). Ese itinerario ha llevado a reconsiderar toda una serie de aspectos de las prácticas tradicionales del trabajo de campo etnográfico. La propuesta de etnografías multi-situadas, por ejemplo, es una respuesta a la geografía compleja de las relaciones de un mundo globalizado (Marcus, 1995). La incorporación de todo tipo de tecnologías digitales equipa el trabajo de campo para establecer relaciones mediadas (Hine, 2000), mientras que las invocaciones recientes a la experimentación evidencian un intento por explorar trabajos de campo cuya relacionalidad es tentativa y abierta a sus imprevisibles demandas (Marcus, 2014).

La etnografía, vemos, se encuentra obligada a reformular sus modos de relación en el campo: a través de geografías dispersas, mediante tecnologías digitales o en exploraciones tentativas. El trabajo de campo ya no es lo que era, han argumentado algunos autores (Faubion et al. 2009), y el estudio de nuestra contemporaneidad parece demandar de la etnografía toda una serie de adaptaciones. Entre ellas emerge en la época presente el impulso por superar las asimetrías implícitas en las relaciones que antropólogos y antropólogas mantienen con los otros a través

de ejercicios de colaboración (Holmes y Marcus, 2012; Konrad, 2012; Kelty, 2008), reflexión que se prolonga desde hace varias décadas pero que parece intensificarse en la época actual.

La cuestión sobre cómo nos relacionamos en el campo con nuestros interlocutores resulta especialmente acuciante entre quienes han efectuado en tiempos recientes etnografías en sitios singulares como laboratorios, grandes instituciones financieras, administraciones públicas, entornos activistas y centros artísticos. Trabajos que nos hacen ver que entre esas comunidades epistémicas, como nos gustaría llamarlas, ya no es suficiente la tradicional observación participante. Esta es una figura que no ofrece una guía adecuada para las demandas que esos sitios plantean y tampoco proporciona una descripción fiel de lo que los antropólogos hacen. La colaboración (en diferentes maneras y modos) es invocada a menudo en estas investigaciones como la forma de relación etnográfica óptima (Riles, 2015; Rabinow y Bennett, 2012; Holmes y Marcus, 2005a). No está claro, sin embargo, qué significa colaborar con otros y otras cuando hacemos trabajo de campo, así que las etnografías señaladas se internan en toda una serie de experimentaciones etnográficas en las que construyen infraestructuras digitales, diseñan encuentros públicos o ingenian posibilidades para pensar en común. En lugar de ejercicios de participación orientados por una metodología conocida, las etnografías señaladas ocurren de forma tentativa. Son investigaciones que requieren una considerable dosis de invención porque las situaciones de campo desbordan ampliamente las convenciones tradicionales del método. Pero si la colaboración no es el producto del método, entonces ¿cuál es la fuente de la que surge la colaboración? Ese es el asunto que desarrollamos en lo que sigue para argumentar que la colaboración es muy a menudo el efecto de la inventiva etnográfica.

La reflexión que planteamos se sitúa en un diálogo con dos literaturas diferentes: por un lado, una amplia reflexión antropológica sobre los modos de hacer etnografía y el lugar que el trabajo de campo tiene en la producción del conocimiento antropológico (Rabinow et al. 2008; Ingold, 2008; Fabian, 1983) por otro lado, los estudios empíricos realizados sobre los métodos de investigación de las ciencias sociales desarrollados por los Estudios de Ciencia y Tecnología (*Science and Technology Studies*, STS en su acrónimo inglés) (Law, 2004). Nos resultan especialmente inspiradoras una serie de contribuciones que problematizan nuestras concepciones sobre los métodos de investigación y que evidencian su condición histórica, su naturaleza material y espacial, y su carácter hegemónico (Law y Ruppert, 2013; Savage, 2010; Igo, 2007; Lezaun, 2007).

El capítulo está estructurado de la siguiente manera. En la primera sección realizamos una tipología de lo que denominamos 'modos de colaboración' donde proponemos que la colaboración es una modalidad de relación constitutiva del trabajo de campo antropológico. Hay, sin embargo, diversas maneras de entenderla, por ello proponemos tres modos y nos detenemos, en la siguiente sección, en lo que llamamos colaboraciones experimentales: una modalidad de relación etnográfica que hace uso de dispositivos de campo. En la siguiente sección describimos varios de estos dispositivos de campo a partir de nuestras etnografías y desarrollamos la noción de dispositivo de campo en la siguiente. A partir del concepto de dispositivo de campo problematizamos la estrecha relación establecida entre colaboración y método. El capítulo se cierra con un argumento que plantea que las colaboraciones experimentales son una modalidad etnográfica que hace de nuestros interlocutores acompañantes epistémicos, socios en la tarea conjunta de construir problematizaciones sobre el mundo.

## **Modos de colaboración**

La colaboración está en boca de todos: activistas que aspiran a sustituir las relaciones jerárquicas por organizaciones horizontales, artistas que transforman a quienes antes eran sus públicos

mediante prácticas colaborativa, administraciones públicas que hacen de la colaboración institucional el distintivo de sus políticas, y proyectos de investigación interdisciplinarios que articulan su relación con otras disciplinas en términos colaborativos. En todos esos contextos, la colaboración es investida con una serie de virtudes que Monica Konrad (2012) ha sintetizado como: una mayor atención al trabajo de los otros, formas de actividad más efectiva y la producción de beneficios mutuos...

Las llamadas insistentes a la colaboración en múltiples ámbitos sociales pueden entenderse entonces como un fenómeno *epocal*, indicador de ciertas sensibilidades ético-políticas, formas organizacionales y modos epistémicos de la contemporaneidad. Las invocaciones actuales a la colaboración en la antropología queremos entenderlas en ese contexto histórico, como el efecto de transformaciones que ocurren más allá de la disciplina y que se han gestado en ella en toda una serie de cambios que comienzan en la década de los ochenta con las formas de antropología implicada (Low y Merry, 2010). Pero esta orientación hacia lo colaborativa es también un indicador de reorientaciones en la sensibilidad etnográfica contemporánea de la antropología. Pensemos, por ejemplo, en las etnografías realizadas en laboratorios: mientras que las llevadas a cabo en en la década de los ochenta no mencionan nunca la colaboración (Latour y Woolgar, 1979; Hemlreich, 1998; Traweek, 1988;), las más contemporáneas no dejan de invocar la necesidad o conveniencia de este tipo de relaciones para el trabajo de campo en tales sitios (Rabinow y Stravrianakis, 2013; Riles, 2015). Podríamos decir que la colaboración emerge como evidencia de nuevas sensibilidades epistémicas y políticas en la antropología.

Frente a esa retórica de novedad, no es difícil afirmar que la antropología tiene una larga historia de colaboración con aquellos pueblos y sociedades que ha estudiado. Hacer etnografía requiere que acepten la presencia de uno y se presten a las muchas y diversas solicitudes (formales e informales) que hacemos durante nuestro trabajo de campo: pedimos que nos relaten ciertos hechos pasados, demandamos entrevistas, solicitamos estar presentes en este o aquel acontecimiento... La realización de etnografías ha requerido históricamente lo que podríamos describir como la colaboración de nuestras contrapartes en el campo. Pudiera parecer que esta afirmación se contrapone con lo dicho anteriormente, sin embargo lo que evidencia es la variabilidad de este concepto y las distintas maneras de entender lo que son y suponen las relaciones de colaboración en el trabajo de campo etnográfico.

Desde los primeros relatos antropológicos basados en informantes clave, pasando por la recopilación de narraciones de terceros realizadas por antropólogos de gabinete (*arm-chair anthropologists*), hasta las prácticas de trabajo de campo más actuales, los antropólogos siempre han dependido de otros para la producción de conocimiento (Stull y Schensul, 1987; Ruby, 1992; Choy et al., 2009). La antropología de los pueblos originarios norteamericanos es un ejemplo del papel fundamental que los informantes clave han desempeñado en la disciplina. Luke Eric Lassiter (2008) ha descrito como, de Lewis Henry Morgan a Franz Boas, el trabajo de estos informantes clave no se redujo simplemente a proporcionar información. George Hunt, miembro del pueblo Kwakiutl con el que Boas trabajó, fue fundamental en las actividades de traducción e incluso en la escritura de textos de los que fueron co-autores. Aunque explicitado en algunos trabajos antropológicos clásicos, ese reconocimiento ha sido siempre una excepción antes que una norma. Podemos reconocer entonces la condición colaborativa que implica cualquier etnografía, pero lo cierto es que sería también necesario matizar esa caracterización. Aunque Boas co-escribió numerosas de sus obras con Hunt, el examen detallado de esa relación revela que el segundo estaba a sueldo y ejercía de asistente de Boas, quien marcaba la agenda de trabajo. Describir este tipo de vinculación como colaboración requiere, pues, clarificar y cualificar la relación asimétrica y el acto extractivo que la caracteriza: son relaciones atravesadas por una profunda asimetría entre un otro informante y un antropólogo informado. En un intento

por establecer una heurística que distinga diferentes tipos de colaboración sugerimos designar este tipo de relación como 'colaboración modo 1'.

En la década de los ochenta, como parte de los intentos por renovar y revigorizar la disciplina, la colaboración fue reclamada como un medio para crear formas antropología implicada (*engaged anthropology*) o etnografías activistas más comprometidas (Juris, 2007), una estrategia metodológica que permitiría a los antropólogos articular su responsabilidad ética con las comunidades estudiadas (Hymes, 1974). Queremos destacar dos rutas diferentes en estas invocaciones a la colaboración, de un lado etnografías que señalan el momento y lugar del trabajo de campo como el locus óptimo para la colaboración. En estos casos, la colaboración se entiende como una estrategia para establecer relaciones simétricas y horizontales con las contrapartes en el campo (Rappaport, 2008). Para Nancy Scheper-Hughes (1995) esta forma de colaboración implica un intento de involucrar y empoderar a las comunidades marginadas. Se trata de una práctica antropológica en la que el proyecto etnográfico deja de tener primacía, como ocurrió en su caso al asumir distintas estrategias de implicación como: denuncias mediáticas, testimonios de situaciones de opresión y todo tipo de formas de trabajo comunitario.

Hay otra ruta que concibe como sitio paradigmático para la colaboración el momento de la escritura etnográfica. La propuesta de Luke Eric Lassiter (2005, 2008) promueve una práctica de escritura colaborativa a través de la cual ofrecer espacio para una polifonía de voces en el relato etnográfico, una forma de escritura que incorpora las interpretaciones de nuestras contrapartes en el campo. El argumento plantea que una escritura de este tipo permite una representación más rica, matizada y dialógica (Field, 2008). Nosotros mismos lo hemos practicado, como ocurre con Adolfo en un trabajo realizado junto al colectivo de arquitectura Zuloark (Corsín Jiménez et al., 2014). Bien es verdad que sería difícil reconocer que la escritura material de ese artículo se pueda concebir como colaborativa, si bien el proceso previo de discusión fue compartido, la escritura en este caso hubo de ser asumida por los antropólogos<sup>1</sup>.

Bien como modo de implicación comunitaria o mediante formas de escritura conjunta, llamamos a este tipo de trabajo de campo atravesado por un compromiso político o ético 'colaboración modo 2'. Mientras que el modo 1 de colaboración presta atención a la condición asimétrica del flujo de información durante el trabajo de campo, el modo 2 de colaboración señala la capitalización de la información por antropólogos y propone como solución buscar una relación simétrica que se haga cargo del compromiso ético y político de la antropóloga. Cada uno de esos modos señala lugares específicos para la colaboración (el campo o la escritura), prácticas concretas (el suministro de datos o la escritura), y motivaciones (producción de información o compromiso ético). Aunque esta breve descripción señala un vector cronológico, la tipología de modos de colaboración establecida no demarca etapas históricas sino formas distintivas de entender el locus, significado y práctica de la colaboración<sup>2</sup>. En tiempos recientes hemos visto otras maneras de concebir y practicar la colaboración etnográfica, una que busca superar la asimetría tradicional de nuestras etnografías sin invocar necesariamente el

---

<sup>1</sup> Un caso revelador de las dificultades que representa para quienes no se dedican a estas tareas y la incapacidad de dedicarle el tiempo necesario a unas actividades alejadas de la práctica cotidiana y profesional de los colectivos con los que se trabaja.

<sup>2</sup> Esta clasificación es puramente heurística y no pretendemos valorar ni entramos a criticar los trabajos etnográficos realizados siguiendo uno u otro modo, únicamente pretendemos enfatizar los diferentes entendimientos que muy a menudo se dan al concepto de colaboración cuando este se invoca en antropología.

compromiso político con sus contrapartes<sup>3</sup>. Esta es nuestra experiencia etnográfica (como describimos más adelante) y también la de otros y otras antropólogas. Nos hemos referido a ello como ‘colaboración modo 3’, un práctica etnográfica a la que también hemos descrito como ‘colaboraciones experimentales’ en la etnografía (Sánchez Criado y Estalella, 2018).

### **Colaboración experimental: modo 3**

Nuestra experiencia reciente, y la de otros y otras antropólogas, nos ha llevado a una reflexión sobre las demandas que plantea el estudio de ciertos sitios de la contemporaneidad poblados por comunidades epistémicas, organizaciones que hacen de la producción de conocimiento un elemento esencial de su actividad cotidiana. En tales sitios las antropólogas se encuentran en una particular situación. Consideremos por ejemplo la situación que plantea una etnografía de laboratorio, un sitio etnográfico donde se relaciona con una comunidad epistémica cuya cotidianidad está atravesada por la misma actividad que ella desarrolla: la investigación. Los científicos que pueblan el laboratorio pertenecen además a su mismo ámbito profesional (la academia) y comparten con ella numerosos valores sobre la producción de conocimiento (verdad, autoría, etc.), aunque pueden existir enormes diferencias disciplinares (entre la antropología y biotecnología, por ejemplo), suspicacias y también competitividad. Las etnografías realizadas sobre esos sitios nos hacen ver la necesidad de reconsiderar los modos de relacionarse y las prácticas de campo tradicionales, al tiempo que señalan la colaboración como la forma de relación óptima para el desarrollo de la etnografía (Holmes y Marcus, 2005, 2008).

Unas formas de colaboración que buscan superar la asimetría tradicional de nuestras etnografías sin invocar necesariamente el compromiso político con sus contrapartes. Esta es, como describimos más adelante, nuestra experiencia etnográfica más reciente, pero también la de otros y otras antropólogas. Un ejemplo iluminador lo constituye el proyecto desarrollado por Kim y Mike Fortun (junto a una serie de colaboradores) para el estudio social de la enfermedad del asma (Fortun et al., 2014). Un elemento central de su investigación etnográfica es una plataforma digital (*The Asthma Files*) en la cual están involucrados pacientes, médicos, expertos diversos y diseñadores de software. El proyecto está conceptualizado como una etnografía que, entre otras cuestiones, experimenta con el estatus del material empírico que comparten los participantes en el proyecto a través de Internet: “En un sentido amplio, el género del archivo y la estructura de archivos de *The Asthma Files* son experimentos con la tecnología y la textualidad, que permiten trabajar en pos de configurar análisis etnográficos sintonizados con problemas complejos y cambiantes condiciones de producción”<sup>4</sup>.

La página web no tiene el propósito de publicitar la investigación o simplemente presentar resultados sino servir infraestructura para el trabajo conjunto de los participantes. Una parte integral de la investigación ha sido el desarrollo de esa plataforma digital a partir del software Drupal. PECE (Platform for Experimental Collaborative Ethnography), como denominan a esa infraestructura, es una plataforma que “conecta a investigadores de forma novedosa, permite

---

<sup>3</sup> Resulta necesario hacer una importante aclaración. Aunque muchas de estas etnografías no invocan el compromiso político que los antropólogos y antropólogas tienen con sus contrapartes en el campo, hay en ellas muy a menudo una clara concepción de las implicaciones políticas que tiene su práctica en el campo y un compromiso político determinado. Sin embargo, la manera de entender la política y articular el compromiso de la actividad profesional es diferente. Se trata más bien de una política epistémica que reconoce los efectos políticos que nuestros conceptos, análisis y relatos tienen sobre el mundo. Hay un segundo aspecto importante, que una investigación no invoque su compromiso ético o político no significa que no lo tenga. El compromiso político de una investigación no puede reducirse a la retórica de la política, que no exista esa retórica explícita no significa que no haya compromiso.

<sup>4</sup> Tomado de <http://worldpece.org/about>, traducción propia.

nuevos tipos de análisis y visualización de datos, y anima la implicación de los investigadores con problemas públicos y diversas audiencias”<sup>5</sup> (Fortun et al. 2014: 634). De manera singular, esa infraestructura forma parte del objeto de reflexión y es parte integral del equipamiento para la producción de conocimiento antropológico dentro de ese proyecto.

Frente a los trabajos de campo de corte naturalista, donde la antropóloga participa en un sitio dado, vemos que en el caso de *The Asthma Files* el proyecto se desarrolla a través de diseño de una infraestructura digital que construye y constituye parte del campo etnográfico. Si aquí la etnografía pasa por el diseño de una infraestructura digital, en otras ocasiones lo que se diseñan son eventos públicos, encuentros sociales, formatos documentales... Nos encontramos ante ejercicios que despliegan lo que conceptualizamos como dispositivos para la experimentación, como desarrollamos en la siguiente sección. Una serie de intervenciones etnográficas que abren nuevas posibilidades para la indagación antropológica: “En nuestra opinión, hay una necesidad política crítica de desarrollar este tipo de experimentos, puesto que apuntan a otros tipos de conocimiento, contruidos sobre la base de modos de colectividad distintos a los que nos hemos acostumbrado”<sup>6</sup> (Fortun et al. 2014: 640).

Utilizamos el concepto de ‘colaboración modo 3’ para referirnos a estas modalidades etnográficas que se internan en ejercicios experimentales atravesados por la colaboración. Antropólogos y antropólogas toman parte en la composición de comunidades epistémicas en estas etnografías, equipando su trabajo de campo con nuevas infraestructuras (como la plataforma de *The Asthma Files*), diseñando espacios de producción de conocimiento o tanteando diversas formas de relación. En muchos casos, estas experimentaciones no producen relaciones horizontales ni implican el borrado de diferencias (disciplinarias, sociales, etc.), al contrario, a menudo surgen a partir de un trasfondo de fricciones, diferentes conocimientos, diversidad epistémica y malentendidos sociales (Gaspar, 2018). En lugar de describir las relaciones de campo mediante nociones de solidaridad y equidad, la colaboración se expresa aquí mediante situaciones experimentales y tentativas, sobre todo ello nos hemos extendido en otro lugar (Estalella y Sánchez Criado, 2018). Los interlocutores de la antropóloga ya no son simples informantes en estas circunstancias, unos y otras se involucran en exploraciones conjuntas que hacen de ellas lo que llamamos ‘acompañantes epistémicos’: contrapartes que se embarcan en el proyecto de construir conjuntamente problematizaciones antropológicas, sobre ello volvemos al final.

Ciertamente la experimentación etnográfica no es ajena a la antropología. George E. Marcus y Michael J. Fischer (1986) nos recuerdan que el giro reflexivo de la disciplina está atravesado por similares aspiraciones, como bien lo describían a mediados de la década de los ochenta: “nos parece que lo que está ocurriendo es un momento en el que cada proyecto individual etnográfico de investigación y escritura es potencialmente un experimento”<sup>7</sup> (1986: ix). En aquella época estaba en juego una amplia discusión sobre las formas de representación etnográfica que puso en evidencia la naturaleza construida de los textos antropológicos y sus mecanismos para la construcción de autoridad. El llamado ‘giro reflexivo’ tuvo como punto nodal de debate la publicación del libro *Writing Culture*, editado por James Clifford y George E. Marcus (1986). Creemos que el ejercicio experimental entonces circunscrito a las formas de representación parece desplazarse ahora hacia otro momento y lugar: el trabajo de campo, como el propio Marcus lo ha argumentado en varios lugares (Marcus, 2012).

---

<sup>5</sup> Traducción propia.

<sup>6</sup> Traducción propia.

<sup>7</sup> Traducción propia.

Creemos que uno de los desafíos que nos plantea la colaboración es genuinamente descriptivo: cómo dar cuenta a través de relatos empíricos de las relaciones que establecemos en nuestro trabajo de campo (Sánchez Criado y Estalella, 2018). Coincidimos en esto con Aurora Álvarez Veinguer y Gunther Dietz (2014) cuando plantean la necesidad de dar cuenta detallada y empírica de nuestras prácticas de investigación en el campo. En la próxima sección ofrecemos una descripción empírica de algunos ejercicios de experimentación etnográfica a través de un breve inventario, pero antes de eso queremos mencionar un aspecto importante.

Pudiera parecer en una primera instancia que el planteamiento que hemos propuesto es muy limitado y que solo es válido para el desarrollo de etnografías en instituciones expertas o entre lo que hemos llamado comunidades epistémicas. Sin embargo, la propuesta de colaboraciones experimentales puede reinterpretarse en un sentido más amplio, pues lo que está en juego no es cómo hacer etnografías en laboratorios sino qué significa reconocer que nuestras contrapartes en el campo son pares epistémicos en la producción de conocimiento sobre el mundo.

Este último argumento va de la mano de una amplia discusión sobre la reorganización epistémica de nuestras sociedades desarrollada en el ámbito de los Estudios de ciencia y tecnología. Toda una serie de investigaciones producidas en esa área de estudios nos ha mostrado que quienes producen conocimiento sólido y fundado ya no son únicamente las tradicionales instituciones expertas. Numerosos trabajos dentro de los STS han mostrado cómo movimientos sociales y organizaciones civiles de todo tipo se embarcan en todo tipo de formas de investigación científica. Bien porque se sienten abandonados por las instituciones del saber experto o hegemónico, o bien porque se encuentran en condiciones de incertidumbre sobre el poder explicativo de la tecnociencia.

El trabajo etnográfico de Steve Epstein (1998) sobre el activismo tecno-científico de ACT-UP es paradigmático. ACT-UP fue la principal organización mundial en la lucha de los derechos de las personas con SIDA, un colectivo organizado que no solo representaba a personas enfermas sino que producía conocimiento sobre sus propios cuerpos y demandaba participar en el diseño de los ensayos clínicos, construyéndose como interlocutores creíbles o para-expertos sobre el tema y produciendo lo que Epstein denomina 'investigación impura'. De la misma manera los trabajos de Michel Callon y Vololona Rabeharisoa (2003) sobre la asociación francesa contra las miopatías. Una enfermedad genética rara que no contaba en los planes de investigación hasta que los afectados encontraron el modo de afectar a la investigación biomédica a través de un curioso procedimiento: una maratón de financiación televisiva. Con los fondos conseguidos transformaron el panorama francés de la investigación genética. En buena medida, la contribución de los STS coincide con las críticas de los estudios decoloniales y las demandas de autores como Boaventura de Sousa Santos (2010) de tomar en consideración las múltiples ecologías de saberes que pueblan el mundo.

Activistas, asociaciones vecinales, organizaciones ciudadanas, etc. se encuentran de manera habitual embarcadas en la producción de conocimiento. El tipo de colaboración que describimos no es el requisito para un ámbito de investigación (etnografías de laboratorio o similares) sino una forma de relación etnográfica a través de la cual el antropólogo reconoce las prácticas de producción de conocimiento de los otros.

## **Inventario de invenciones**

En lo que sigue describimos tres casos etnográficos en los que los antropólogos/as han desarrollado su trabajo de campo a través de intervenciones que van más allá de lo puramente observacional y que requieren el diseño de disposiciones específicas en el campo como la

organización de eventos públicos, el diseño de exposiciones, la proyección conjunta de proyectos, o la configuración de sistemas documentales compartidos... Uno de esos diseños corresponde al trabajo de campo realizado por Tomás en Barcelona en el año 2012 con un proyecto colectivo dedicado a la auto-fabricación y vinculado a las luchas por la diversidad funcional. El otro diseño es el resultado de un proyecto que Adolfo, junto a Alberto Corsín Jiménez, desarrollaron junto a los colectivos de arquitectura, Basurama y Zuloark, dedicados a realizar intervenciones críticas en el espacio urbano.

### **Relatar para relacionarse, relacionarse para relatar (por Tomás)**

*Tras el verano de 2012, comenzaba en Barcelona un proyecto postdoctoral. En él pretendía investigar etnográficamente distintos procesos de diseño participativo de tecnologías de cuidado, en un intento por ampliar de otro modo lo que había hecho en su tesis. Mi proyecto individual estaba enmarcado en un proyecto más amplio, titulado EXPDEM<sup>8</sup>, cuyo principal objeto era estudiar diferentes procesos de acción política de grupos concernidos con la promoción de la vida independiente en España, por ejemplo: colectivos de personas mayores luchando por tener espacios donde envejecer juntos (senior co-housing), miembros del foro de vida independiente y divertad (FVID) en su lucha por la auto-gestión de la asistencia personal, o activistas de la salud mental luchando contra la psiquiatrización. El proyecto general había sido pensado desde la óptica de lo que en los estudios sobre discapacidad (disability studies) se conoce como “investigación emancipadora” (Oliver, 1992) y estaba ampliamente supervisado en su desarrollo por parte de activistas de estos distintos movimientos, que también participaban como co-investigadores de alguna de las tareas.*

*La fortuna quiso, además, que Antonio Centeno, uno de los miembros del FVID que participaba en EXPDEM, acabara de iniciar un proyecto de autofabricación de ayudas técnicas junto con otros colegas a los que había conocido a raíz de la comisión de diversidad funcional del 15M de Plaça de Catalunya. El proyecto se llamaba En torno a la silla: formado en su origen por Antonio junto con Alida Díaz, arquitecta, y Rai Vilatovà, antropólogo manitas (todos ellos con una dilatada experiencia en diferentes colectivos activistas de la ciudad), tenía como objetivo repensar las relaciones sociales y materiales de las sillas de ruedas y sus ocupantes con su entorno a partir de un kit pensado para intervenirlas (compuesto de una rampa portátil, un maletín-reposabrazos y una mesa plegable). Todo ello decantaba las muchas reflexiones que se abrieron en torno a las dificultades para prolongar su naciente relación de amistad, causadas por la inaccesibilidad de distintos espacios públicos y privados.*

*El proyecto, aún poco más que una idea, había sido seleccionado para una convocatoria de talleres de Medialab Prado-Madrid, un centro del ayuntamiento de Madrid, reconocido por su énfasis en diferentes áreas de la cultura libre, la documentación en abierto de los procesos de creación, y su metodología de co-creación que hacía del prototipado un elemento central, no un mero punto del proceso que debería culminar en objetos cerrados. Habría dos talleres en Madrid y contaban con un pequeño presupuesto para experimentar con sus creaciones en el invierno de 2012 a 2013. Antonio me invitó a que enviara su proyecto a los otros y recibió una acogida muy entusiasta. Sin embargo, en la primera reunión a la que asistí, en la que todos no paraban de hacer cosas, el requerimiento para participar se hizo claro: “aquí no puedes ser un mero observador”. Y esa interpelación y el enganche con el proyecto abrieron un proceso de una peculiar colaboración etnográfica que se prolongó hasta 2016 y que creó unas amistades que duran hasta la fecha.*

---

<sup>8</sup> “EXPDEM: Acción política de los grupos concernidos con la promoción de la vida independiente en España” (financiado por el plan I&D 2011-2013, CSO2011-29749-C02-02). Para más información, véase <https://expdem.net/>



*En mi deseo de ser útil, aporté al grupo lo que sabía hacer: mi etnografía pasó a tener lugar a través de la documentación de los procesos de creación del grupo. A pesar de haber partido con un sistema doble de anotación (por un lado, las notas del grupo y, por otro, las anotaciones etnográficas personales), todo fue progresivamente mezclándose: mis anotaciones eran muchas veces públicas, abiertas a que todos pudieran reflexionar a partir de sus notas, fotos y videos sobre lo hecho; las actas y los emails para el grupo se cargaron de reflexiones sobre las atmósferas, los espacios, los climas y las relaciones. Además, dada la intensidad creativa y colectiva de lo que allí se abría, lo que empezó como una documentación etnográfica al uso con un bloc dio paso a un uso intensivo del móvil, empleando toda clase de aplicaciones para capturar imágenes y anotar. Con ese material, pasé a dinamizar procesos de reflexión colectiva, donde fueron produciendo tutoriales y reflexiones colectivas de cariz más poético o político que terminaban siendo publicados como entradas de un blog, que creé como repositorio<sup>9</sup>. En el blog se publicaban todas las reflexiones sobre sus procesos de diseño, las críticas de la estandarización y la situación del mercado de ayudas técnicas tras las medidas de austeridad de 2010, o relatos de todas unas intensas vacaciones de verano donde se probaron las rampas en una convivencia inusitada. Asimismo, en muchas ocasiones en que fui invitado como etnógrafo a presentar mi trabajo, rehusaba ir solo y eso dio lugar a muchas presentaciones corales, que supusieron elaborados momentos para la reflexión y la puesta en común.*

*De ser un proyecto de prototipado, En torno a la silla pasó a ser también un proyecto de documentación en abierto, algo que se amplió cuando se unió al grupo Arianna Mencaroni, documentalista y socióloga. En torno a la silla dinamizó distintos seminarios y encuentros de co-creación, como la Primavera Cacharrera o el Cacharratón, donde no sólo se creaban prototipos de bajo coste desde la diversidad funcional, sino donde se documentaban procesos de creación que normalmente quedan ocultos y, para ello, se movilizaban las capacidades de documentación a través del dibujo, el vídeo o el live-tweeting de todos los presentes. En ese proceso, se produjo una transformación que fue más allá de que yo pasara de ser un mero etnógrafo a un documentador. Esta implicación etnográfica tuvo un impacto en En torno a la silla, en tanto que esa documentación y reflexión pasaron a ser un problema compartido. En ese proceso, En torno a la silla se convirtió en un dispositivo etnográfico en torno al relacionarse para relatar y relatar para relacionarse, un dispositivo desde el que problematizar conjuntamente el diseño participativo de tecnologías de cuidado.*

### **Infraestructuras etnográficas (por Adolfo)**

*Sabemos que uno de los primeros escollos al hacer etnografía es el acceso a los mundos sociales que pretendemos comprender. Los colectivos con los que trabajamos pueden ser esquivos por razones muy diversas y nosotros mismos podemos cometer errores difíciles de anticipar. ¿Qué hacer cuando no podemos acceder a los sitios que pretendemos investigar? En esta breve descripción doy cuenta de una etnografía que fracasa en su acceso y ha de inventar (o disponer) su propio contexto de relación. En ese proceso re-aprendo a desarrollar la etnografía en otros términos, acompañado de otros (contrapartes en el campo) y otras (disciplinas profesionales).*

*A Medios del año 2011 comencé mis primeras visitas al estudio del colectivo Basurama en Madrid. Se trata de un colectivo compuesto por arquitectos en la treintena (la mayor parte hombres) cuya práctica profesional transita desde la arquitectura al arte. Su trabajo se desarrolla muy habitualmente a través de intervenciones en el espacio público realizadas en colaboración con vecinas y ciudadanos. Nos interesaba esa práctica colaborativa y la particular sensibilidad para abordar la ciudad que parecían traslucir sus trabajos. Comencé por asistir con cierta periodicidad al estudio, pero a pesar de haber obtenido autorización no tardé en notar cierta incomodidad entre sus miembros hasta que pasados dos meses me solicitaron retrasar el estudio*

<sup>9</sup> Véase <https://entornoalasilla.wordpress.com/>

hasta más adelante. En esa situación, junto a mi colega, Alberto Corsín, decidimos proponerles participar en un proyecto conjunto. En lugar de una etnografía convencional Basurama se convirtió con otro colectivo, Zuloark, en socios del proyecto y parte integral de un proyecto formal financiado por el plan de investigación estatal.

Durante unos 18 meses mantuvimos una serie periódica de reuniones cuyo objetivo último era el diseño de nuestro proyecto conjunto y ejecución. Nos reuníamos a menudo, semanalmente, en los estudios de Basurama y Zuloark en un momento de efervescencia política e inventiva urbana que acontecía en la ciudad. Las asambleas del 15M, los huertos urbanos comunitarios que habían proliferado por la ciudad y toda una serie de espacios auto-gestionados daban cuenta de vecinas que habían decidido hacerse cargo de los asuntos urbanos. Los encuentros con Basurama y Zuloark ponían sobre la mesa todos esos proyectos que de maneras diversas problematizaba el diseño experto de la ciudad y dejaba en evidencia, como hacían las prácticas de Basurama y Zuloark, que la ciudad puede ser diseñada por saberes tradicionales nos institucionalizados.

Las reuniones formales dieron después lugar a encuentros informales en distintos lugares de la ciudad donde se reflexionaba sobre asuntos urbanos (La Mesa de gestión ciudadana del espacio público). De unas y otras surgieron varios proyectos a través de los cuales se ampliaba nuestra relación, uno de ellos fue una serie de seminarios y encuentros organizados en el centro de arte Intermediae (Citykitchen). Cuando estábamos a punto de finalizar el proyecto sin haber llegado a materializado sustantivamente logramos financiación del Museo Reina Sofía para continuar con nuestra investigación. La situación nos obligó a concretar buena parte del trabajo conceptual que habíamos desarrollado hasta entonces y lo hicimos a través de Ciudad Escuela. Un proyecto dedicado a los aprendizajes para hacer ciudad, lo hemos descrito como un experimento de pedagogía urbana de código abierto.

Ciudad Escuela se sostenía sobre tres pilares: (i) una serie de talleres de aprendizaje abiertos a la participación que se desarrollaron en diversos espacios e iniciativas ciudadanas de la ciudad, (ii) una metodología de aprendizaje que hacía de la ambulación por la ciudad uno de sus pilares, y (iii) una infraestructura digital en Internet que apoyaba la documentación de los aprendizajes y la acreditación de estos. Ciudad Escuela proponía varios itinerarios de aprendizaje que estaban organizados en temáticas que iban desde los urbanismos en beta que traen a la ciudad un impulso experimental a los des-plazamientos (y nuevos emplazamientos) para aprender a hacer ciudad, o las interfaces que redefinen el espacio público urbano recableándolo.

Cuando Ciudad Escuela vio la luz llevábamos más de tres años de etnografía y para entonces habíamos desarrollado un vocabulario conceptual de la ciudad descubierta que pasó a formar parte del mismo proyecto. Los nombres de los itinerarios y módulos de aprendizaje eran en parte una decantación etnográfica: urbanismos en beta, archivos urbanos, infraestructuras abiertas... La configuración material y la propuesta conceptual de Ciudad Escuela era el resultado de dos prácticas profesionales y sensibilidades distintas: aunaba en su diseño y configuración la práctica constructiva de la arquitectura (de ahí los talleres, la vocación pedagógica, etc.) y la aspiración descriptiva de la antropología (vocabulario, narrativa, etc.). En cierta medida, Ciudad Escuela era una etnografía convertida en infraestructura. Una infraestructura que habilitaba el desarrollo de esa misma etnografía.

Una infraestructura destinada al aprendizaje de hacer ciudad, era también una infraestructura que me enseñaba a practicar la etnografía por otros medios. Muy distinto de etnografías que podrían describirse fielmente como ejercicios de observación, aquí el trabajo de campo había demandado el diseño de espacios de encuentro y la creación de una infraestructura material. Acompañados y acompañando a otra disciplina (la arquitectura), nos acompañábamos de otros

*en la tarea conjunta de problematizar la ciudad. Bien podríamos decir que Ciudad Escuela nos ofrecía una infraestructura para problematizar la ciudad con otros.*

## **Dispositivos de campo**

Las secciones anteriores han descrito tres casos que dan cuenta de lo que hemos llamado ‘colaboración modo 3’, ejercicios experimentales que exploran tentativamente cómo relacionarse con las contrapartes en el campo, procesos que nos sitúa ante instancias muy alejadas de las prácticas naturalistas del trabajo de campo. En lugar de participar en sitios empíricos ya configurados, los antropólogos (junto a sus contrapartes) diseñan las condiciones para acompañar a (y acompañarse de) otros y otras: bien porque las condiciones para estar juntos no están dadas (The Asthma Files), porque estas son adversas (Ciudad Escuela) o sencillamente porque hay una demanda por estar juntos de una manera diferente (En Torno a la silla).

Quizás puedan parecer situaciones artificiales (y artificiosas), pero nada en nuestra experiencia etnográfica indica que nuestras contrapartes lo interpretaran en esos términos. La propuesta de proyecto sobre aprendizajes urbanos de Ciudad Escuela era un contexto de lo más natural para una serie de arquitectos dedicados a la investigación e intervención urbana, más adecuado (como Adolfo pudo comprobar) que la presencia extraña que suponía un antropólogo dedicado a la observación en su estudio. En términos similares podemos describir el proceso creativo y las formas de relación de En torno a la silla, similar al de otros espacios e iniciativas activistas del momento en que se desarrolló. Los ejercicios de colaboración experimental que estamos describiendo son el resultado del diseño literal de lo que llamamos disposiciones del campo: esto es, situaciones en que el antropólogo o la antropóloga disponen con sus contrapartes las condiciones en la cuales estar juntos. En ocasiones esto toma la forma de encuentros periódicos dedicados a proyectar, en otras se expresa en una plataforma digital, una práctica de documentación compartida, una serie de encuentros públicos... Llamamos a esa manera de disponer el campo ‘dispositivos de campo’ (*fieldwork devices*).

La noción de dispositivo de campo trata de hacer visible la espacialidad y materialidad específicas que demanda la etnografía en determinados sitios de la contemporaneidad. Los dispositivos de campo llevan un paso más allá las maneras disponer las situaciones empíricas de las técnicas y métodos de investigación tradicionales. Consideremos el caso de una entrevista convencional, por ejemplo. Su realización requiere que el investigador disponga un determinado momento y lugar para establecer un diálogo con la persona entrevistada, una situación donde el rol de cada uno está claramente dispuesto: uno habla y el otro pregunta. El investigador probablemente tendrá un cuestionario (fijo u orientativo) y grabará lo dicho para ser utilizado posteriormente. La situación está dispuesta de una forma muy definida en términos espaciales, materiales y relacionales, algo que John Law y Evelyn Ruppert (2013) tratan de evidenciar al describir los métodos como dispositivos que “ensamblan y disponen el mundo en patrones sociales y materiales específicos”<sup>10</sup> (Law y Ruppert, 2013: 230). El caso de la entrevista formal es paradigmático: supone un encuentro espacio-temporal entre dos personas, con roles específicos, que se desarrolla como una conversación pautada que implica la participación de una tecnología material (grabadora).

Podemos pensar entonces en la etnografía como un ensamblaje de múltiples dispositivos, la mayor parte de los cuales son técnicas y metodologías estandarizadas: observación participante, entrevistas, diarios de campo, *rapport*, etc. Frente a ellos, los dispositivos de campo presentan algunas particularidades. Hay dos aspectos que revelan su carácter distintivo: primero, no son

---

<sup>10</sup> Traducción propia.

estándares pues resultan de ejercicios de inventiva situada en el trabajo de campo, y segundo, no son simples técnicas que se aplican al campo sino que resultan de él. Para ilustrarlo consideremos un elemento central de los métodos de investigación: su carácter estandarizado. Los elementos fundamentales de la etnografía, tal y como son reproducidos por el canon de manuales e introducciones metodológicas, nos hablan de un conjunto de técnicas que han permanecido invariables durante décadas y que se mantienen en cualquier geografía: observar, participar, generar *rapport*, mantener una presencia prolongada, realizar la escritura de un diario... Los métodos nos ofrecen tecnologías de la relación estándares que pueden (y muy a menudo deben) ser utilizadas en cualquier contexto. Los dispositivos de campo, en contraste, son logros situados, productos singularísimos de cada proyecto etnográfico: disposiciones espaciales y materiales específicas, géneros y prácticas documentales, infraestructuras materiales... No son técnicas estandarizadas que han sido aplicadas, probablemente no sean estandarizables y tampoco aspiran a serlo porque son, ante todo, el resultado de gestos de genuina inventiva, tanto del etnógrafo como de sus contrapartes. Algo que revela las enormes oportunidades para aprender otros métodos, y nuevos dispositivos, de nuestros interlocutores (Estalella y Sánchez Criado, 2005).

La idea de los dispositivos de campo nos permite re-leer gestos pequeños y grandes invenciones de todo tipo de etnografías que diseñan (en ocasiones de manera improvisada) las disposiciones necesarias para establecer la relación con sus contrapartes. Recordemos, por ejemplo, cuando Lila Abu-Lughod (2004) se sienta con las mujeres egipcias de su etnografía a ver telenovelas: genera de manera muy natural las condiciones para penetrar en la vida social y la cultura del mundo rural. Cuando Laura Bohannan (1996) se reúne en la época de lluvia a narrar la historia de Hamlet entre los Tiv abre a discusión (y al desacuerdo) una obra literaria y genera las condiciones para problematizar toda una serie de pre-concepciones culturales inscritas en ese texto. Son dos casos en los que el trabajo de campo resulta posible gracias a esas disposiciones particulares que se expresan en lo que llamamos dispositivos de campo.

Los dispositivos de campo son pues el resultado de la inventiva etnográfica, pero hay algo más en ellos. En torno a la silla, Ciudad Escuela, o The Asthma Files han sido co-diseñados en el campo, pero son también objetos empíricos que proceden del campo y proporcionan conocimiento sobre este. Si nuestras técnicas son tradicionalmente instrumentos para la producción de conocimiento etnográfico, los dispositivos son también objetos etnográficos. Ciudad Escuela, por ejemplo, ofrece evidencias de la condición pedagógica de la ciudad, el vocabulario conceptual que da cuenta de esta, las prácticas de intervención material y la relevancia de las tecnologías digitales. Los dispositivos de campo son efectos relacionales, por ello tienen una doble condición etnográfica: nos hablan de los mundos sociales investigados al mismo tiempo que dan cuenta del esfuerzo inventivo de las antropólogas por investigarlos. Los dispositivos de campo son elementos constitutivos del campo que diseñan, por ello su diseño implica la producción de conocimiento sobre los sitios investigados.

### **Más que método**

Detengámonos un momento en esta particular práctica de disponer material, espacial y relacionamente el campo mediante dispositivos. Ello nos abre la posibilidad de explorar un vocabulario para la colaboración que da cuenta de ella como un asunto distinto de lo metodológico. Así es como la antropología (en particular) y las ciencias sociales (en general) plantean el debate sobre la colaboración etnográfica: la colaboración es un asunto de método. Sea contra el método (porque la colaboración lo subvierte) o sea a favor del método (porque pretende normalizarla y convertirla en método). En cualquier caso, la colaboración suele pensarse desde el marco del método, como nos propone Alberto Arribas en la introducción de

este volumen, un planteamiento nos carga con todo el peso de la norma y la forma de la etnografía.

El método encarna la tradición y modela también la formación de antropólogos y antropólogas: ese conjunto de conocimientos disciplinares que orientan y normalizan nuestras maneras de relacionarnos en el campo. Cuando pensamos en la etnografía como un método (el método etnográfico) entendemos que estamos ante un conocimiento que nos orienta y guía, que pone límites y establece restricciones al tipo de relaciones que podemos (o debemos) establecer durante el trabajo de campo. En estas circunstancias el método funciona como modelo, un conjunto de recetas que van de lo orientativo a lo normativo y que nos ayudan a navegar la compleja tarea de relacionarnos en el campo.

El modelo y la descripción que el método etnográfico nos propone son extraordinariamente valiosos, pero si consideramos empíricamente cualquier trabajo de campo etnográfico, reconocemos rápidamente que este siempre supera las anticipaciones que el método plantea y desborda su capacidad para orientarnos. Hemos de improvisar constantemente en nuestro habitar otros mundos sociales y, en muchas ocasiones, también hemos de inventar cómo relacionarnos. El método es insuficiente para dar cuenta de la complejidad social y sofisticación epistémica de la situación etnográfica: lo que ocurre cuando hacemos trabajo de campo desborda las hechuras del método. Creemos que así lo insinúa Alberto Arribas cuando señala en la introducción del volumen la imposibilidad de estandarizar los modos singulares de cada colaboración. No pretendemos impugnar la figura del método —un tema que ha ocupado y ocupa ampliamente nuestra reflexión—. Tampoco rechazamos la concepción de la etnografía como método o el valor que tiene el sólido repertorio de metodologías colaborativas existentes como la Investigación Acción Participante o las etnografías activistas, propuestas que ofrecen recursos extremadamente valiosos para el desarrollo de investigaciones colaborativas. Sin embargo queremos evidenciar que la colaboración etnográfica no es solo, y no es siempre, el resultado de la aplicación del método. Abrir la posibilidad para conceptualizar y describir la colaboración más allá del método, o fuera del método, nos ofrece enormes oportunidades para nuestras prácticas de campo.

Nuestra experiencia en algunas etnografías (y no en todas, ciertamente) nos ha llevado a reconocer que el trabajo de campo está a menudo lleno de gestos de invención que destacan sobre el fondo de la norma metódica, como hemos descrito en la sección anterior al inventariar algunas de esas invenciones. Creemos que necesitamos otros vocabularios conceptuales para dar cuenta de lo que ocurre en muchas situaciones del trabajo de campo etnográfico que desarrollan formas de colaboración. Para ello es necesario suspender provisionalmente la relación colaboración/método y considerar la condición inventiva que tienen nuestras etnografías. Ciertamente el vocabulario de la inventiva no es habitual en la descripción del trabajo de campo, pero se trata de una figura no es completamente ajena a la disciplina si atendemos a una obra clásica como es *La invención de la cultura* de Roy Wagner (1975) —título suficientemente iluminador—. Nuestras descripciones de las vidas y formas de habitar el mundo de los otros están cargadas de inventiva de tal forma que las descripciones que hacemos de otras culturas no son otra cosa que una invención del antropólogo. Este es el argumento que décadas atrás planteó Roy Wagner: “Podríamos decir que un antropólogo ‘inventa’ la cultura que cree estudiar, que la relación es más ‘real’ por ser sus actos y experiencias particulares que las cosas que ‘relata’”<sup>11</sup> (Wagner, 1975: 13). La invención que Wagner señala es una actividad descriptiva y conceptual, que ocurre principalmente en el momento de análisis y escritura. La invención de los ejercicios etnográfico que nosotros señalamos se expresa en actividades

---

<sup>11</sup> Traducción propia.

relacionales que se desarrollan en el trabajo de campo, como hemos tratado de evidenciar en nuestro breve inventario de dispositivos de campo.

### **Acompañantes epistémicos**

Hay muchas maneras de entender la etnografía y su elemento distintivo, el trabajo de campo. La singular situación en la que un antropólogo se encuentra durante su trabajo de campo puede entenderse como el momento y el lugar donde producimos datos empíricos, es el contexto que nos permite entender la cultura y modos de habitar de otros, y constituye el locus para la producción de conocimiento antropológico... Pero el trabajo de campo es también la instancia en la que construimos nuestras problematizaciones antropológicas. Es precisamente la manera de construir problematizaciones mediante una particular relación con lo empírico lo que constituye para nosotros uno de los elementos distintivos de la etnografía. Así lo plantea, al menos, Paul Rabinow (2003) al formular su proyecto como uno interesado por la construcción de problematizaciones de la contemporaneidad. En su uso de “problematizaciones”, Rabinow prolonga el término empleado por Michel de Foucault para hablar de las grandes preocupaciones de una época: un ejemplo sería el interés de la Grecia clásica con el placer y la libertad, o la problematización moderna con la vida y la gubernamentalidad liberal. En la definición de Foucault es importante resaltar que las problematizaciones no se construyen simplemente de manera discursiva, sino que están conformadas por “el conjunto de las prácticas discursivas y no discursivas lo que hace entrar a algo en el juego de lo verdadero y de lo falso y lo constituye como objeto de pensamiento (bien sea en la forma de reflexión moral, de conocimiento científico, de análisis político, etc.)” (Foucault, 1991: 231).

El breve inventario de dispositivos de campo que hemos descrito da cuenta de diversas etnografías que construyen problematizaciones en torno a la enfermedad del asma y la salud del medioambiente (The Asthma Files), las concepciones tradicionales de la ciudad y el monopolio que los expertos ostentan sobre su diseño (Ciudad Escuela), o el imaginario de cuerpos estandarizados y la misma noción de normalidad (En torno a la silla). Son problematizaciones construidas en el campo etnográfico. Han sido elaboradas en compañía de otros y otras. Y han movilizado en ese ejercicio todo tipo de recursos como infraestructuras, espacios, géneros documentales, etc. más allá de lo puramente discursivo. La problematización, por lo tanto, no es una construcción del antropólogo sino un logro realizado conjuntamente con aquellos de los que (y a los que) acompaña. Desde esta perspectiva, podemos describir entonces los dispositivos como un modo de disponer el campo para la tarea conjunta de construir problematizaciones (*joint problem-making*), una situación que hace de los otros lo que nos gustaría describir como acompañantes epistémicos, socios en la tarea conjunta de problematizar el mundo (Sánchez Criado y Rodríguez Giralt, 2016).

Nuestro argumento plantea que las colaboraciones experimentales (colaboración modo 3) no son el resultado de la aplicación de algún método sino el efecto de lo que hemos descrito como invención etnográfica: la disposición de un cierto diseño espacial/material/relacional/documental/... Este es ingeniado en el sitio específico, responde a las condiciones situadas y permite el establecimiento de relaciones que no existían. Nuestra experiencia etnográfica nos hace pensar que la época actual nos demanda una imaginación metodológica distinta y una manera de relatar nuestras relaciones de campo diferente. Creemos que es necesario pensar la colaboración desde un lugar distinto al método porque este no es el mejor descriptor de nuestras prácticas de campo. Sabemos que la propuesta que hacemos es potencialmente arriesgada, pero creemos que en la época actual resulta necesario expandir el alcance de nuestros métodos y generar las condiciones para ampliar el tipo de problemas que somos capaces de construir. Concebir las relaciones de colaboración como el genuino efecto de

la invención etnográfica puede ayudarnos a desplegar las condiciones para problematizar el mundo acompañados (y acompañando) a otras.

## Referencias

- Abu-Lughod, L. (2004). *Dramas of Nationhood: The Politics of Television in Egypt*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bohannan, L. (1996). Shakespeare en la selva. In H. Velasco (Ed.), *Lecturas de antropología social y cultural. La cultura y las culturas* (pp. 83- 93). Madrid: UNED.
- Callon, M., & Rabeharisoa, V. (2003). Research “in the wild” and the shaping of new social identities. *Technology in Society, 25*, 193–204.
- Choy, T. K., Faier, L., Hathaway, M. J., Inoue, M., Satsuka, S., & Tsing, A. (2009). A New Form of Collaboration in Cultural Anthropology: Matsutake Worlds. *American Ethnologist, 36*(2), 380-403.
- Clifford, J., & Marcus, G. E. (1986). *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press.
- Corsín Jiménez, A., Estalella, A., & Collective, Z. (2014). The interior design of [free] knowledge. *Journal of Cultural Economy, 7*(4), 403-515.
- Dietz, G., & Álvarez Veinguer, A. (2014). Etnografía colaborativa: coordinadas desde un proyecto en curso (InterSaberés). In U. R. i. Virgili (Ed.), *Periferias, fronteras y diálogos: actas del XIII Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español* (pp. 3447-3471). Tarragona: En: Universitat Rovira i Virgili (ed.):.
- Estalella, A., & Sánchez Criado, T. (2015). Experimental collaborations: An invocation for the redistribution of social research. *Convergence: The International Journal of Research into New Media Technologies, 21*(3), 301–305.
- Estalella, A., & Sánchez Criado, T. (Eds.). (2018). *Experimental collaborations. Ethnography through fieldwork devices*. New York, Oxford: Berghahn.
- Faubion, J. D., & Marcus, G. (Eds.). (2009). *Fieldwork is not what it used to be. Learning Anthropology's Method in a Time of Transition*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Field, L. W. (2008). "Side by Side or Facing One Another": Writing and Collaborative Ethnography in Comparative Perspective. *Collaborative Anthropologies, 1*(1), 32-50.
- Fortun, K., Fortun, M., Bigras, E., Saheb, T., Costelloe-Kuehn, B., Crowder, J., et al. (2014). Experimental ethnography online. The asthma files. *Cultural Studies, 28*(4), 632–642.
- Gaspar, A. (2018). *Idiotic Encounters: Experimenting with Collaborations between Ethnography and Design*
- Andrea Gaspar. In A. Estalella & T. S. Criado (Eds.), *Experimental collaborations. Ethnography through fieldwork devices* (pp. 94-113). New York, Oxford: Berghahn.
- Helmreich, S. (1998). *Silicon Second Nature. Culturing Artificial Life in a Digital World*. Chicago, Los Angeles, London: University of California Press.
- Hine, C. (2000). *Virtual Ethnography*. London: SAGE.
- Holmes, D., & Marcus, G. E. (2005a). Cultures of Expertise and the Management of Globalization: Toward the Refunctioning of Ethnography. In A. Ong & S. J. Collier (Eds.), *Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems* (pp. 235-252). Oxford: Blackwell.
- Holmes, D., & Marcus, G. E. (2005b). Refunctioning Ethnography: The Challenge of an Anthropology of the Contemporary. In N. Denzin & Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research* (pp. 1099-1113). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Holmes, D., & Marcus, G. E. (2008). Collaboration Today and the Re-Imagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter. *Collaborative Anthropologies, 1*, 136-170.
- Holmes, D., & Marcus, G. E. (2012). Collaborative Imperatives: A Manifesto, of Sorts, for the Reimagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter. In M. Konrad (Ed.),

- Collaborators Collaborating. Counterparts in Anthropological Knowledge and International Research Relations* (pp. 126-143). New York and Oxford: Berghahn.
- Hymes, D. (Ed.). (1974). *Reinventing Anthropology*. New York: Vintage.
- Igo, S. E. (2007). *The Averaged American: Surveys, Citizens and the Making of a Mass Public*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Ingold, T. (2008). Anthropology is not ethnography. *Proceedings of the British Academy*, 154, 69–92.
- Juris, J. S. (2007). Practicing Militant Ethnography with the Movement for Global Resistance (MRG) in Barcelona. In S. Shukaitis & D. Graeber (Eds.), *Constituent Imagination: Militant Investigation, Collective Theorization* (pp. 164-176). Oakland, Calif: AK Press.
- Kelty, C. M. (2008). Collaboration, Coordination and Composition: Fieldwork after the Internet. In J. Faubion & G. Marcus (Eds.), *Fieldwork isn't what it used to be*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Konrad, M. (Ed.). (2012). *Collaborators Collaborating. Counterparts in Anthropological Knowledge and International Research Relations*. New York and Oxford: Berghahn.
- Lassiter, L. E. (2005). *The Chicago guide to collaborative ethnography*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lassiter, L. E. (2008). Moving Past Public Anthropology and Doing Collaborative Research. *NAPA Bulletin*, 29(1), 70-86.
- Law, J. (2004). *After Method: Mess in Social Science Research*. London: Routledge.
- Law, J., & Ruppert, E. (2013). The Social Life of Methods: Devices. *Journal of Cultural Economy*, 6(3), 229-240.
- Lezaun, J. (2007). A market of opinions: the political epistemology of focus groups. *Sociological Review*, 55(s2), 130–151.
- Low, S. M., & Merry, S. E. (2010). Engaged Anthropology: Diversity and Dilemmas. *Current Anthropology*, 51(2).
- Marcus, G. E., & Fischer, M. M. J. (1986). *Anthropology as Cultural Critique. An experimental moment in the human sciences*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Marcus, G. E. (1995). Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24, 95-117.
- Marcus, G. E. (2012). The Legacies of Writing Culture and the Near Future of the Ethnographic Form: a Sketch. *Cultural Anthropology*, 27(3), 427–445.
- Marcus, G. E. (2014). Prototyping and Contemporary Anthropological Experiments With Ethnographic Method. *Journal of Cultural Economy*, 7(4), 399-410.
- Oliver, M. (1002). Changing the Social Relations of Research Production? *Disability, Handicap & Society*, 7(2), 101-114.
- Rabinow, P., Marcus, G., Faubion, J. D., & Rees, T. (2008). *Designs for an Anthropology of the Contemporary*. Durham, Londo: Duke University Press.
- Rabinow, P., & Bennett, G. (2012). *Designing Human Practices. An Experiment with Synthetic Biology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Rabinow, P., & Stavrianakis, A. (2013). *Demands of the Day: On the Logic of Anthropological Inquiry*. Chicago.: University of Chicago Press.
- Rappaport, J. (2008). Beyond Participant Observation: Collaborative Ethnography as Theoretical Innovation. *Collaborative Anthropologies*, 1(1), 1-31.
- Riles, A. (2015). From Comparison to collaboration: experiments with a new scholarly and political form. *Law and contemporary*, 78(1-2), 147-183.
- Ruby, J. (1992). Speaking For, Speaking About, Speaking With, or Speaking Alongside: An Anthropological And Documentary Dilemma. *Journal of Film and Video*, 44(1-2), 42-46.
- Savage, M. (2010). *Identities and Social Change in Britain since 1940: the Politics of Method*. Oxford: Oxford University Press.
- Sánchez Criado, T., & Rodríguez-Giralt, I. (2016). Caring through Design?: En torno a la silla and the “Joint Problem-Making” of Technical Aids’. In C. Bates, R. Imrie & K. Kullman (Eds.),



- Care and Design: Bodies, Buildings, Cities.* (pp. 200–220.). Oxford: Wiley.
- Sánchez Criado, T., & Estalella, A. (2018). Introduction. Experimental collaborations. In A. Estalella & T. S. Criado (Eds.), *Experimental collaborations. Ethnography through fieldwork devices* (pp. 1-30). New York, Oxford: Berghahn.
- Sousa Santos, B. d. (2010). *Descolonizar el Saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Strathern, M. (2018). Relations. In F. Stein, A. Sanchez, H. Diemberger, J. Robbins, M. Candea, R. Stasch & S. Lazar (Eds.), *The Cambridge Encyclopedia of Anthropology*. Cambridge: University of Cambridge.
- Stull, D., & Schensul, J. J. (1987). *Collaborative research and social change: applied anthropology in action*. Boulder, CO: Westview.
- Traweek, S. (1988). *Beamtimes and Lifetimes: The World of High Energy Physicists*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Wagner, R. (1975). *The Invention of Culture*. Chicago and London: The University of Chicago Press.